

La Juventud Literaria.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Año VI.

Murcia 28 de Octubre de 1894.

Núm. 236.

Suscripción: En Murcia, 50 cts. al mes.
Fuera, 2 pesetas trimestre — Anuncio y
periódico 1 peseta al mes.

Director: Ramón Blanco Rojo.

Imprenta y oficinas: Mariano Padilla, 49.

La correspondencia al director. No se
devuelven los originales. Número suel-
to 10 céntimos.

La Juventud Literaria.

PALIQUE.

¡¡Cuernos!!

Exclamación que no tengo por menos de hacer, al largarme mi apreciable Ramón, el Palique de esta semana; que es lo mismo que si me rematara con la puntilla.

Verdaderamente, este es un compromiso para mí, pues yo quiero complacer al director, y no sé de qué manera hablar á ustedes para que no se disgusten conmigo.

Y ¿qué asuntos hay para poder escribir media docena de cuartillas?

¡¡Cuernos!!

Ya lo ven ustedes. Es lo único que tengo en la cabeza.

El tema ya está.

Y aunque mi distinguido compañero D. Rafael Almazán, sigue combatiendo esta cuestión, es decir, que no cree conveniente que la prensa dedique columnas enteras á los toros, yo me permitiré esta libertad, hablando un poco de esa fiesta, que se está haciendo tan indispensable como brutal.

Y con el permiso del Sr. Almazán, tomo los trastos dando principio á la faena.

La verdad es que me estoy volviendo muy aficionado á la tauromaquia.

Y de vez en cuando sufro unas equivocaciones!...

Hace pocas noches me dirigí á casa por el paraguas, gritando á mi hermana, desde la escalera:

—¡Vicenta, dame el estoque!

Mi hermana comenzó á vocear, creyendo que venían á matarme, y á sus voces acudieron los vecinos, que decían alarmados:

—¡Ladrones, asesinos!

Mi hermana sufrió un desmayo.

A la vecina del segundo, por precipitarse al balcón, dejó caer el plato que contenía la cena de sus hijos.

A la otra vecina se le pegaron las migas.

Y á un tejedor que vive en la casa contigua á la mía, del susto que llevó, descompuiso el telar.

Yo también me asusté: entre to-

do aquel jaleo, se me echó encima un pelotón de hombres, y después de darme una paliza de primera, me maniataron y me hubieran conducido al cuartel de la guardia civil, si en el camino no hubiese encontrado á un conocido, que me oyó comentar el hecho, diciendo, como en «El Monaguillo»:

—Señores, que yo soy inocente!

A lo que contestaba la turba que me seguía:

—¡Que lo encierren! ¡Que lo encierren!

Pero, nada; no me sirvió de escarmiento, ni el susto ni la paliza.

Al día siguiente caminaba por el Plano, cuando oí decir:

—Adios, Maera.

Creyendo que iba por allí el popular torero, volví la cabeza y seguía andando, porque yo no vela más que á un carbonero, que se sonreía y me miraba con ojos de mujer enamorada.

En esto ¡cataplúm! tropiezo con un bulto, que me arremetía con furia.

Me creí delante de las astas del toro, enarbolé el bastón y... ¡zás! al mismo tiempo de dejarlo caer, recibí una bofetada, que me hizo rodar por el suelo.

Me levanté enfurecido; quise pegar á mi contrincante, y me encuentro un sable que resplandecía ante mi vista.

Era un guardia municipal, que no me llevó á la cárcel porque se hizo cargo de mi distracción; pues creo que le deslice un callo y le reventé las narices.

De esta hecha salimos toreros, la mar.

Ya sé de varios, que pietsan dedicarse decididamente á los cuernos, con intención de tomar la alternativa de mataor en cuanto tengan seis dedos de coleta.

Como hay quien ha desnudado á toda su familia, para hacerse la ropa necesaria.

¿Qué muchacho ignorará á estas horas lo que significa hule, gindama, y otra infinidad de términos toreros?

Hasta las mujeres.

Conozco á una chica que guarda como unos escapularios los retratos del Mancheguito y Maera.

Una joven decía á otra amiga:

—Chica, he visto al Maera. Ha pasado por mi lado, mirándome mucho: yo creo que quería decirme algo, pero como he vuelto la cara...

—Eso es que quería hacer una verónica, pero como tú no has atendido...

—Naturalmente; le ha salido im perfecta la imágen.

Un betunero en la Platería:

—A quién le limpio las botas? Llevo betún de Pepe-hillo, sain del Manchego, mate del Maera!...

El otro día fui á una casa, donde tengo mucha confianza, y me encontré á Teresita y Virtudes toreando á su papá.

Después salió Luisito, el niño mimado, con dos palitroques en la mano.

—Papá, entra derecho para que te ponga este par.

—¡Muy bien, muy bien!—dijo la mamá, que salía de la cocina.—Mi niño vá á ser torero.

—Yo lo creo; con estos ensayos y con las lecciones vuestras, me dedico al arte. Déjame, mamaita, que te mate.

—¿Cómo?

—Si nada más que voy á señalar la muerte. Cuádrate y embiste de frente; así, así...

Y con el estoque del bastón de su papá ¡zítás! se lo pasa por la cara y por muy poco si le corta una oreja.

—¡Ha salido un poco ladeada!—exclamó Luisito, mientras que los espectadores aplaudían.

Un amigo me preguntó ayer:

—¿Dónde te gustan más los toros? ¿En el corral ó en la plaza?

—¡A mí? En el restaurant del Comercio.

Y basta ya de toros.

No quiero que me llamen periodista de cartel.

¡¡Cuernos!!

V. MARTÍNEZ Y SICLUNA!

SILUETAS



DE ACTUALIDAD.

EL SR. PÉREZ CABRERO FORMANDO
COMPañIA.

(Con música de «Il Comiccì Tyonatti».)

Chicos. ¡Ay, señor Cabrero, qué ansia tengo ya!

Cabrero. Despachad á escape; que voy á ensayar.

Chicos. Somos cuatro chicos listos por demás, que parte en el coro queremos toñar.

Cabrero. ¡Ay, queridós míos, esto está muy mal!

Chicos. Haga usted un esfuerzo: no le pesará.

Cabrero. No es que yo os desprecie; eso no, jamás: yo sé que vosotros sabéis trabajar.

Chicos. Entonces, la causa tisté nos dirá.

Cabrero. Es que mis artistas no cobran jornal.

Chicos. Y eso ¿qué le hace? (¡qué risa me dá!) Nosotros por hoy no hemós de cobrar.

Cabrero. Entonces cóhforme: os voy á apuntar.

Chico 1.º Yo me llamo Antonio.

Chico 2.º Yo me llamo Blas.

Chico 3.º Y yo Timoteo.

Chico 4.º Y yo Baltasar.

Cabrero. Baltasar, Antonio, Timoteo y Blas.

Chicos. Gracias, señor Pérez; usted es mi papá.

Cabrero. (Arreglado tengo todo el personal.)

Chicos. (Esto tiene gracia; ¡qué risa me dá! No es pequeño el chásco que se vá á llevar.)

V. MARTÍNEZ.

